

CARISMA E IDENTIDAD DE LOS MISIONEROS COMBONIANOS

1. Carisma y espiritualidad de Daniel Comboni

“Los Misioneros Combonianos deducen su identidad y su modo específico de seguir a Cristo del carisma del Fundador, vivido en la consagración, a la luz de los signos de los tiempos” (RV 1). Para asumir la especificidad de la experiencia carismática de Daniel Comboni es necesario tener constantemente en la mente y sobre todo en el corazón el contenido de la gracia carismática del Fundador, que la Ratio Fundamentalis llama “núcleo originario del carisma” (217) y del que hace una descripción en los números 32-96.

1.1. El núcleo originario del carisma

El núcleo del carisma es un don de orden sobrenatural, prototípico, es decir, que Comboni lo vivió en el Espíritu del Señor Jesús, y constituye el alma, el espíritu interior, la motivación de vida y de apostolado del Instituto (RF 216-217). En este núcleo encontramos a Daniel Comboni “totalmente apresado por el amor y el dinamismo del Corazón de Cristo crucificado por los más ‘necesitados y abandonados’ de la ‘Nigrizia’” (AC '91, 12.1).

Este núcleo, en Comboni, se va formando y emerge en el contexto de un intenso itinerario espiritual, que ahonda sus raíces *en el dinamismo de su vocación y consiguiente consagración misionera*. El primer paso en este itinerario es la vocación a la misión entre los no cristianos, que siente en 1843, a los doce años de edad (cfr. Carta a D. Grana, 4 de julio de 1857, S6).

De aquí nace su entrega total a la causa misionera como consagración a África. De hecho, a la edad de 17 años, a comienzos del 1849, Daniel Comboni consagraba su persona y su vida a la evangelización de África con un gesto consistente en un juramento hecho en presencia de su superior, don Mazza. Es un hecho que Comboni contaba su vida a partir de *aquel acto de donación*.

Tal donación, formulada ante el superior, tiene un carácter de juramento, por el que Daniel se comprometía con su Instituto a consagrarse a la actividad misionera. Y como no se comprometió genéricamente a la evangelización de los no cristianos, sino al apostolado del África Central, él contrajo un vínculo religioso también con el África negra. Era un gesto religioso de donación, una especie de profesión religiosa dentro de la vida del mismo Instituto, que podemos entender recordando el concepto de *voto de religión* (*votum religionis*), que se encuentra en el origen de la profesión religiosa. De hecho, el voto de religión en la tradición más antigua expresaba ante todo no un vínculo jurídico sino la aspiración de vivir una vida centrada en Dios y dedicada a su servicio en la Iglesia, que se manifestaba en un estilo particular de vida.

En el caso de Daniel Comboni, el voto de religión asume la forma de *Voto de Misión* orientado a África: Comboni hacía así a Dios el Absoluto de su vida dándole todo su ser para la evangelización de África (cfr. *Vostro per sempre*, pp. 76-77). Comboni, consagrado a Dios para la evangelización del África Central, en su primera dramática experiencia africana (1857-1859) descubre directamente la realidad de la Nigrizia y su extrema pobreza a todos los niveles y toma conciencia de que no le puede servir de ayuda sin arriesgar la vida. Misión, muerte y martirio comienzan a vincularse en su vida de consagrado.

Comprometido en el oscuro misterio que recubre aquella remota región, Comboni se pone en oración ante la tumba del Apóstol Pedro el 15 de septiembre de 1864, pidiéndole a Dios que le hiciera conocer su voluntad. “De lo alto –verdadera experiencia carismática- le llega la iluminación de Aquél que guía la historia: Dios a través de su Hijo encarnado, muerto y resucitado, escucha el grito del pobre y entra con todo su ser en la historia y en el dolor de los últimos. Se siente empujado a asumir esta misma historia y este dolor haciéndose parte de ellos y haciendo “causa común”, aunque con riesgo de su misma vida” (AC '91, 6; 6.1). De este modo, la experiencia carismática de Daniel Comboni es punto de llegada y de una nueva partida

en el itinerario de su consagración misionera: desde este momento los latidos del Corazón de Cristo por la Nigrizia y la misma Nigrizia configuran su personalidad misionera y su entrega incondicional en una relación sponsalicia y martirial.

En Comboni la relación con el Corazón de Cristo, Buen Pastor, no nace como búsqueda de apoyo a la misión evangelizadora a la que se consagra, sino que la precede y la crea. Comboni se ha hecho misionero para llevar el amor de Cristo (genitivo subjetivo, es decir, aquello que brota de su Corazón y lo implica) a los más necesitados de evangelización y de promoción humana. Él está decididamente orientado hacia el África negra, que se convierte en la única pasión de su vida. Esto no es fruto de una elaboración teórica sino de una experiencia: Comboni sentía como el amor de Cristo que habitaba en su corazón se dirigía ahora con intensidad redoblada hacia los africanos. Su ministerio consistía en extender la llama de esta Caridad que Cristo había venido a traer (cfr. *Introduzione al Piano*, S 2742).

La fuerza motriz, por lo tanto, de su incansable ministerio es el hecho que “*el Corazón de Cristo palpita también por los Africanos y por ellos murió en la Cruz*” (cfr. S 3463; 5647; 6080; 6447); y también el hecho que en los negros pobres y oprimidos, Comboni descubre el rostro desfigurado del Crucificado, que fija su mirada sobre él y lo llama no sólo a evangelizarlos sino también a trabajar por su progreso y, sobre todo, por la supresión de la esclavitud. Esta experiencia es una *experiencia mística*: en Comboni es Jesús quien ama al africano y en el africano Comboni ama a Jesús mismo.

Por lo tanto, en el núcleo del carisma, encontramos el Corazón de Jesús y la Nigrizia, indisolublemente unidos, que poseen y dinamizan la vida de Comboni. El núcleo del carisma de nuestro Fundador consiste en el hecho que Daniel Comboni, bajo la acción del Espíritu Santo, se hace sacramento del amor regenerador de Dios Padre, encarnado en los latidos del Corazón de Jesús por la infeliz Nigrizia. El Corazón Traspasado de Jesús es símbolo de este Amor regenerador. Ésta es la contribución original de Comboni al desarrollo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: su unión a la evangelización. Por eso, desde este momento, su vida sólo tiene sentido como donación a estos dos amores, que poseen su corazón en una relación indisoluble de reciprocidad hasta a muerte.

En esta relación Corazón de Jesús-Nigrizia, la fuente de la que nace el sentido de la vocación de Comboni es el Corazón de Jesús, Buen Pastor; el fin al que lo empuja este Corazón hasta una relación de tipo nupcial es la Nigrizia. La pasión de Jesús por el africano se encarna y se manifiesta a través del corazón de Comboni, dispuesto a dar su vida con Jesús hasta el martirio: Comboni deja que el amor de Jesús lo lleve al africano, lo transforme en Corazón de Jesús por el africano.

1.2. Espiritualidad y estilo de vida de Comboni

□ *Corazón de Cristo, Buen Pastor y Nigrizia*

Aprehendido “por el ímpetu de esta caridad inflamada con divina llama en las laderas del Gólgota, y surgida del costado del Crucificado para abrazar a toda la familia humana”, Comboni no vive más que para la Nigrizia. Esa gracia le da el sentido de la propia vocación, la audacia y la valentía apostólica. Lo hace misionero capaz de superar cualquier dificultad y dispuesto a aceptar incluso el martirio (AC '91,12; 12.2). Comboni vive su existencia misionera como una relación sponsalicia y martirial con la Nigrizia, que brota continuamente de la divina llama encendida en el Gólgota y que arde en su corazón de apóstol.

Por lo tanto, el Corazón de Jesús traspasado en la Cruz y la Nigrizia ocupan el primer puesto en el corazón de Comboni en una relación de reciprocidad y configuran la personalidad misionera y el modo de dedicación a la causa misionera: en Comboni palpita el amor del Corazón de Jesús por la Nigrizia y la entrega a la Nigrizia lo lanza cada vez más profundamente en el Misterio del Corazón Traspasado de Jesús, Buen Pastor, hasta el punto de ser crucificado y morir con Él por la Nigrizia.

□ *Misterio de la Cruz*

El misterio de la Cruz, como evento de amor y de salvación, es la fuente de toda la energía apostólica de Comboni, de su amor por los pueblos africanos discriminados por la historia y por los hombres. De hecho, él vive su encuentro personal con Jesús, *el Buen pastor que ama a los africanos hasta el final*, alzado en la Cruz, con el Corazón Traspasado y las llagas abiertas. Ésta es para Comboni una experiencia vital de su fidelidad a la vocación recibida. Para Comboni, la Cruz no nace de un ascetismo masoquista ni puede ser fruto de la negligencia humana; por el contrario, nace y tiene valor como consecuencia de su empeño por seguir a Jesús en su amor hasta el final por los olvidados africanos; por lo tanto, es el sello de su participación en la misión de Jesús y garantía de su fidelidad a esta vocación. Por eso “las obras de Dios deben nacer y crecer al pie de la Cruz”, es decir, de la lógica evangélica del don de sí mismo sin límites hasta la muerte.

□ *Profundo sentido de Dios*

El horizonte en el que Comboni descubre y vive el carisma es la *eternidad*, entendida como experiencia profunda, dinámica y perseverante del *Misterio de Dios*. De hecho, en Comboni, el carisma nace y es apertura hacia la eternidad, es decir hacia el Misterio de Dios-Trinidad. Perdiendo de vista la eternidad, el carisma se reduce a una simple actividad filantrópica y pierde la dimensión divina de su origen y de su significado último, por lo que el misionero es el primero en permanecer expuesto a una especie de vacío y de aislamiento intolerable (cfr. Regole 1871, Cap. X).

“La fuerte y extraordinaria presencia de la sagrada Trinidad en Comboni, (como aparece al principio del Plano: S 2742-43), se convierte en fuente de su apertura y su empuje misionero, y se transformó así en servicio, ministerio hasta el martirio a favor de aquellos que para él aparecieron como los más pobres y abandonados de su tiempo, los africanos del África Central” (*Missione in Africa*, p. 78). En la experiencia carismática y espiritual de Comboni, la misión no es una filosofía de la vida o una aventura filantrópica provocada por los problemas humanos de los africanos, sino una oferta de salvación, presencia del *Amor Absoluto*, que produce la alegría propia del Reino de Dios, al constatar que es *presencia regeneradora del hombre oprimido*. El misionero es partícipe de esta alegría, sintiéndose amado y enviado por Dios para ser su instrumento en esta obra de regeneración. Hacer presente el amor regenerador de Dios en medio de los últimos de la tierra y experimentar este mismo amor en la propia vida es *trabajar para la eternidad*.

Por lo tanto, para Comboni trabajar para la eternidad no significa que se dedica a la misión para comprar la felicidad eterna para sí mismo y para los oprimidos africanos, sino que se dedica a la misión abierto a la necesidad del mundo en la óptica de Dios, mirando a un futuro con esperanza de resurrección, porque sabe que las únicas buenas son las manos de Dios, Amor origen y final de cada vida humana: se triunfe o se fracase en la misión, el Padre está siempre con él y es el único responsable de su Reino. Por eso, él puede morir pero la obra que el Padre le ha confiado no morirá. Fuera de la radicación en el Amor Trinitario, sin la dimensión escatológica, el carisma de Comboni aparece como una casa sin cimientos y sin techo.

1.3. **Identidad y espiritualidad comboniana**

Con el término “espiritualidad” entendemos un hecho global de la vida cristiana; es decir, el conjunto de aspectos y de valores del mundo humano y del misterio cristiano que un determinado grupo de personas, guiadas por el Espíritu Santo bajo la fuerza-atracción de un “carisma”, vive de manera intensa, tanto interiormente a nivel afectivo como en su comportamiento exterior, en vistas a una misión que se ha de cumplir. Toda espiritualidad, por lo tanto, presenta su imagen de Cristo, tomada de la riqueza del misterio del Verbo Encarnado, y es un modo de vivir la vida cristiana en el gran pluralismo que caracteriza la vida de la Iglesia.

Nuestra espiritualidad tiene su raíz en la especificidad de la experiencia carismática de Daniel Comboni. Esta experiencia, asumida y traducida en un estilo de vida, determina la identidad del misionero como Comboniano e imprime la fisonomía al Instituto de los MCCJ; nace así una espiritualidad comboniana, es decir, “cualificada por los ideales y la experiencia de Comboni como son vividos en el Instituto” (RV 81). Asumiendo el carisma de Comboni mediante el don del Espíritu, el misionero hace su experiencia espiritual (= de Dios, de sí mismo, del mundo y de la misión) atraído por la gracia carismática de Daniel Comboni, que especifica así su vocación y su historia personal, su modo de leer los acontecimientos y su obrar en la Iglesia por el mundo (cfr. RV 1; 16). Por lo tanto, tener una espiritualidad como combonianos significa ser sensibles a aspectos y valores determinantes del Misterio de Cristo y de la realidad humana que nos interpela en la historia, asumíolos personalmente y compartirlos con los miembros de la comunidad en vistas a la misión que hay que cumplir bajo la fuerza-atracción del “carisma originario”.

De este modo, la experiencia carismática heredada de Daniel Comboni se desarrolla y se convierte en espiritualidad comboniana, de la que se alimenta continuamente la identidad del Misionero Comboniano y de la que depende el “*como*” desempeña su actividad apostólica. En la vivencia y el desarrollo de la espiritualidad comboniana, los dos polos del núcleo del carisma (= Corazón Traspasado de Cristo-Nigrizia) deben permanecer unidos el uno a la otra, de manera que el Corazón de Jesús sea siempre la fuente de la misión y la misión se refleje a su vez en el Corazón de Jesús, haciendo resaltar sus sentimientos de Buen Pastor (cfr. RV 3; 3.2-3).

De hecho, el Corazón de Jesús, como origen del empeño misionero, hace del Comboniano un discípulo de Jesús, que vive unido a su persona y comparte su misión y su destino, no como causa que le convence ideológicamente, sino como fruto del encuentro personal con el Señor Jesús, que es “identificarse con Él, asumiendo los sentimientos y la forma de vida” (VC 18b; RV 21.1; 3; 3.2-3); encuentro que se alimenta de un fuerte sentimiento de Dios y de la certeza de la vocación, acogida con libertad y gratitud como fruto de la iniciativa del amor gratuito del Señor (cfr. RV 2; 20; 46). A su vez, el servicio misionero (la Nigrizia) configura el estilo de vida del Comboniano, en su relación con Dios y con las personas, a partir de la comunidad, dado que su entera existencia permanece marcada por la misión, que es participación y sacramento del amor redentor de Dios y se convierte en signo del Reino que viene (cfr. RV 58).

En la espiritualidad comboniana Corazón de Jesús-Nigrizia son fuentes recíprocas de espiritualidad y, al mismo tiempo, determinan el estilo de vida. Espiritualidad y estilo de vida convergen en el servicio misionero preferencial y en una particular metodología misionera (cfr. RF 86-96). Los AC '91 describen la espiritualidad comboniana como una vida cristiana vivida intensamente, totalmente dedicada a la causa misionera, en forma “esponsalicia y martirial”, que brota:

- * de la relación con Cristo Buen Pastor del Corazón Traspasado, que mueve a compartir con él el amor incondicional a los pueblos: aspecto del misterio cristiano: AC '91, 9; RV 3; 2;
- * del empeño a favor de los “más pobres y abandonados” de África, como consecuencia de la relación con Cristo Buen Pastor: aspecto de la realidad histórica que interpela bajo la óptica de la fe: AC '91, 6.1-2 12;12.1-2; RV 3.2-3.
- * del vivir juntos este empeño misionero, que nace de la relación común con Cristo Buen Pastor, que genera la caridad fraterna y un “estilo de vida”, es decir, un modo de relacionarse, de compartir, de ser solidarios con la gente, que da vida a un “nuevo cenáculo de Apóstoles”, comunidad evangelizadora, signo de Cristo Traspasado a favor de los más abandonados: dimensión comunitaria de la espiritualidad: AC '91,9; 13.2; RV 3.3.

Los Actos Capitulares del '91 sugieren al Misionero Comboniano un camino ascético para crecer en su identidad comboniana; lo presentan como un continuo pasaje de una visión de fe sobre los hechos de la historia al empeño misionero. Es una dinámica espiritual que envuelve

toda la vida, que supone una intensa vida de oración para el discernimiento (RV 46; 47) y en la que se pueden distinguir tres momentos:

1°. Habitarse a juzgar los acontecimientos de la historia con la luz que viene de la fe.

2°. Unirse a Dios que, a través de su Hijo Encarnado, muerto y resucitado, escucha *el grito del pobre* y entra con todo su ser en la historia y en el dolor del mundo.

3°. Asumir esta historia y este dolor haciéndose parte de ellos y haciendo “*causa común*” incluso con riesgo de la vida (disponibilidad martirial), para regenerarlos con el anuncio explícito del Evangelio de Jesucristo. Cfr. SC '91, 6; 6.1-6; RV 2-5; 16; 60-61; 59; S 2742; VC 82; NMI 49.

La asimilación del carisma del Instituto Comboniano revela al misionero su “yo ideal”, *su nuevo nombre*, MCCJ, que Dios le da, que consiste en esa semejanza particular con Jesús que, por iniciativa de Dios, es llamado a vivir en la Iglesia para la salvación del mundo. Por esto, no es suficiente tener una idea clara sobre el carisma de Daniel Comboni y sobre su desarrollo histórico, sino que es necesario ir más allá hasta revestirse de una *personalidad comboniana*, bebiendo de las fuentes que van de Comboni hasta nuestros días a través de la historia del Instituto (cfr. AC '91, 9; 11.1-4). Por lo tanto, la historia de Daniel Comboni se convierte en “memorial”, es decir, se actualiza en la Congregación de los MCCJ y se transforma para cada uno en “su” historia y lo hace misionero a la manera de Comboni en el “aquí y ahora” de la Iglesia y del mundo (AC '91, 12.1-3). De este proceso de identificación personal nace el “nosotros” comboniano.

2. Consagración para la Misión

2.1. Consagración-misión en Daniel Comboni

La de Comboni es una vida de consagración a Dios para la misión, vivida en el seguimiento de Jesús según los consejos evangélicos. Volviendo a nuestros orígenes, encontramos un Comboni que “se consagró a África” (S 4083) con un voto personal que debía dar fuerza y sostener toda su vida y que vivió “volcado a África” (S 1424) hasta la muerte. En el itinerario espiritual de Comboni es fácil encontrar el nexo profundo que existe entre vocación, consagración y misión. Su total pertenencia a Dios, de hecho, se manifiesta en su total dedicación a África; África, a su vez, lo empuja cada vez más hacia un total abandono de sí mismo a Dios, del que ha recibido el don de África para regenerarla.

Esta reciprocidad entre consagración y misión caracteriza su experiencia vocacional desde el principio al fin. La solicitud de Comboni por la suerte de África revela la profundidad del don de sí mismo a Dios, vivido como participación en el amor casto, pobre y obediente del Corazón de Jesús por la Nigrizia. No es difícil descubrir en la Homilía de Jartum los elementos de una fórmula de consagración misionera mediante la profesión de los consejos evangélicos. Puede ser considerada como el himno del amor casto de Comboni por la Nigrizia; un amor casto, vivido en pobreza y obediencia, tal como lo ha aprendido del Corazón de Cristo: S 3156-59.

Comboni vive la *castidad* como total donación de sí mismo a la Misión en el Amor que habita en su corazón, como un dejarse habitar por el Amor irradiándolo sobre las personas que Dios le confía.

La pobreza la vive como solidaridad con su pueblo; lo que es y lo que tiene pertenece al pueblo y el pueblo le pertenece. La pobreza es también vivida por Comboni como irradiación del amor de Dios que arde en su corazón hacia los “pobres negros” y se convierte en su inseparable compañera en el servicio misionero. Habitado por el amor de Dios y por tanto liberado de toda riqueza, de todo miedo y de todo afecto, Comboni no puede vivir sino para África: S 1185.

La obediencia la vive fundamentalmente como obediencia a la vocación, es decir, como fidelidad a Dios en el servicio al pueblo que Él le confía a través de la Iglesia; una obediencia

que se traduce en atención, escucha y obediencia al pueblo de Dios en sus necesidades. Esta obediencia “ciega” en Comboni es fidelidad a sí mismo, a lo que él es en virtud de su “sí” a la vocación recibida, es autenticidad de vida a la que no puede renunciar (S 1071).

La obediencia que nace en Comboni como fidelidad a la vocación recibida y vivida en comunión con la autoridad de la Iglesia, es practicada bajo la insignia del **sacrificio**, de la **inteligencia** y de la **creatividad**, que exigen un ejercicio maduro de la libertad personal: “La lastimosa miseria de los pobres Negros pesa inmensamente sobre mi corazón, y no existe sacrificio que yo no me sienta dispuesto a abrazar por su bien. Si Vuestra Eminencia no aprueba un Plano, yo haré otro: si no acepta éste, diseñaré un tercero, y así hasta la muerte” (A Barnabó, S. 1011).

2. 2. La propuesta de Comboni a sus misioneros

Comboni, misionero consagrado a África, busca y acepta compañeros con quienes compartir su consagración. Comienza así la gestación de su Instituto con la finalidad de anunciar el Evangelio a los pueblos de África, que aún no han oído hablar de Jesucristo. A los candidatos les propone un camino de consagración misionera, formando juntos “un pequeño Cenáculo de Apóstoles para África”, viviendo en el seguimiento de Jesús según los consejos evangélicos a la manera de los Apóstoles, animados por la fuerza de la caridad fraterna y del celo apostólico, sostenidos teniendo siempre los ojos fijos en Jesucristo Crucificado (cfr. Reglas 1871, Cap. I y X).

Por lo tanto, en la inspiración de Comboni el misionero vive su consagración-misión en comunidad-“pequeño Cenáculo de Apóstoles”. Comboni estaba convencido de que la santidad, indispensable para el misionero (cfr. RMI 90) , y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella (cfr. RV 36; AC '91, 30; 30.1; => VC 93f; NMI 43).

El estilo de vida propuesto por Comboni a sus misioneros, aunque ha estado pensado a través de “serias reflexiones, largos estudios, búsquedas precisas”, es, ante todo “fruto de un pleno conocimiento de causa” (Reglas 1871, Prefacio), porque Comboni participa en primera persona con su dedicación total a la causa de la regeneración de la Nigrizia (cfr. RV 2). El Capítulo X de las Reglas de 1871 puede ser considerado como una revelación autobiográfica de la vida de consagración misionera de Comboni. Para Daniel Comboni, la vida del misionero es una vida de consagración a Dios para “su gloria y el bien de las almas”, vivida teniendo la mirada fija en Jesucristo Crucificado.

Iluminado por la Caridad del Corazón Traspasado de Cristo, el misionero se ofrece a Dios para la salvación de las almas. El empuje de esta Caridad, recibida mediante el Espíritu Santo, lo lleva a ofrecer todo su ser (cuerpo-mente-corazón), viviendo hasta el martirio las actitudes del Corazón de Jesús: *su entrega incondicional al Padre, la universalidad de su amor por el mundo y su participación en el dolor y en la pobreza de los hombres* (cfr. RV 3.2). La participación en la Caridad del Corazón de Jesús que, “virgen y pobre, con su obediencia hasta la muerte de cruz, redimió y santificó al mundo” (cfr. PC 1a; 14; RV 22), produce en el misionero una irrupción de vida nueva en el Señor Jesús, que se convierte en él en fuerza que atrae y arrastra a la humanidad hacia Dios, y celo que da a la caridad del misionero las dimensiones del mundo.

3. Consagración – misión en la RV de los MCCJ

La dedicación total a la Misión es un elemento constitutivo del carisma de Comboni, del Instituto y, por lo tanto, de cada uno de sus miembros (cfr. RV 2; 1-2). La Misión es la razón de ser del Instituto y el Comboniano “hace de la evangelización la razón de su propia vida” (RV 56).

A veces se oye decir que la vida religiosa no estaba presente al comienzo de nuestra historia como Misioneros Combonianos. Parece que existe también la tendencia a considerar la vida religiosa como una realidad que se sostiene por sí misma, distinta de la vida misionera, como un

accesorio a veces embarazoso. Cuando sucede eso aparecen malestares y malentendidos a nivel personal y comunitario.

Por otra parte, también existe la toma de conciencia de que al definir la actividad misionera de los combonianos en el tercer milenio, es necesario redescubrir el sentido de la vida consagrada y del papel de los religiosos en la misión *ad Gentes*.

No hay duda de que una visión clara y unitaria de la vida misionera comboniana en sus dimensiones esenciales y en su dinámica es indispensable para la identidad y el sentido de pertenencia al Instituto. ¿Tiene sentido hablar de vida religiosa y de vida misionera como si fueran dos realidades compitiendo entre sí? ¿No se puede llegar a vivir en una especie de disociación espiritual, debilitando la propia identidad y el sentido de pertenencia al Instituto?

La solución se puede encontrar reflexionando sobre el hecho que la vida de Comboni es una vida consagrada a Dios para la misión, vivida en el seguimiento de Jesús en la práctica de los consejos evangélicos, en los que implica a los misioneros del Instituto para la Misión de la Nigrizia fundado por él.

Ciertamente, la vida religiosa, que surge en 1885 con la transformación del Instituto para las Misiones de la Nigrizia en Congregación religiosa, contenía elementos que han dificultado o directamente impedido la experiencia de vida misionera consagrada iniciada por Comboni y sus compañeros. Sin embargo, si queremos volver a los orígenes, allí encontramos un Comboni que “*se consagró a África*” y que vivió “*volcado a África*” hasta la muerte; encontramos un grupo de misioneros a quienes se les propone la consagración de por vida para la misión vivida con generosidad en la práctica de los consejos evangélicos e impulsada hasta el límite extremo del martirio. En esta óptica, los “votos” religiosos con los que los primeros misioneros FSCJ comenzaron a vivir los consejos evangélicos de la primera hora del Instituto confieren toda su radicalidad a la fidelidad y a la dedicación total a la misión y, por tanto, se colocan en la línea de un desarrollo positivo de la experiencia originaria (RV 1.1; 2; 2.2). Por lo que los Misioneros Combonianos “en virtud a su consagración, realizan de manera nueva su fidelidad a la inspiración original del Fundador” (RV 1.3).

Este desarrollo es claramente visible en la actual Regla de Vida, porque nos lleva a redescubrir las raíces cristológico-trinitarias y misioneras de la profesión de los consejos evangélicos y superar así una concepción puramente jurídico-funcional de los votos en la vida religiosa. En la óptica de la RV, basada en el ejemplo de vida del Fundador y en sus palabras, la consagración misionera nace en el Comboniano como encuentro con el Corazón de Jesús, que lo implica en su amor al Padre y a los hombres (RV 2-5; 20; 46).

El misionero vive este encuentro, lo profundiza y lo expresa de manera especial en la profesión pública de los consejos evangélicos. Por medio de ellos, de hecho, transforma conformando su vida al Corazón de Jesús, “el cual, virgen y pobre, redimió y santificó a los hombres con su obediencia hasta la muerte de Cruz” (RV 22; 1; 10). La profesión de los consejos evangélicos es, por lo tanto, la manifestación visible del “*votum missionis*”, de la consagración misionera, en cuanto empeño interior de dedicación total al Señor por la causa misionera. Una dedicación aprendida y vivida bajo la guía del Beato Daniel Comboni, que lleva al misionero a una especial conformación con la persona y la misión de Jesús. La profesión religiosa asume y, al mismo tiempo, expresa un significado y un valor de *signo* en relación al apostolado, en cuanto está orientado a la comunión con Jesús y a la misión en nombre de Jesús (RV 21-22; AG 23-24).

Confrontándonos con el carisma y la espiritualidad y con la primera propuesta de vida de Comboni a sus misioneros con la Regla de Vida actual, nos encontramos frente a una visión de vida consagrada misionera integrada en sus varias dimensiones y estimulante para nosotros frente a los desafíos de la misión hoy. Es significativa la fuerte sintonía que encontramos entre la RV y los últimos documentos eclesiales: *Vita Consacrata, Novo Millennio Ineunte* y *Repartir de Cristo*.

Del Concilio Vaticano II a hoy, las diversas intervenciones del magisterio eclesial presentan la Vida Consagrada como acontecimiento carismático y vida de consagración-comunión-misión. Además, enriquecen la teología de los consejos evangélicos con un corte cristológico-trinitario, muy articulado especialmente en la Exhortación Apostólica *Vita Consacrata*. El conjunto de los contenidos de estos documentos es muy comprometedor no sólo desde el punto de vista teológico-espiritual, sino también del pastoral y misionero y converge en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, en el que la Vida Consagrada se coloca en el horizonte de la Misión en el Tercer Milenio y en el contexto de las urgencias que se derivan para los misioneros hoy.

Nuestra Regla de Vida y los diversos Documentos del Instituto, en sintonía con el magisterio de la Iglesia, evidencian el dinamismo carisma-consagración-comunión-misión y presentan la vida del Instituto como una vida integrada por estas dimensiones. Además, la RV nos ofrece una visión integrada de las diversas dimensiones de la misión o del servicio misionero: la evangelización, la animación misionera y promoción vocacional, la formación (Tercera Parte: *El Servicio Misionero del Instituto*)¹.

La identidad comboniana, por lo tanto, es cualificada y se desarrolla en la relación dinámica entre carisma-consagración-comunión-misión y mediante una visión integrada de las diversas dimensiones de nuestro servicio misionero. Por eso, en el Instituto Comboniano, misión y consagración en la forma actual de vida religiosa son una realidad única, en el Comboniano se identifican, son vida misionera consagrada o consagración misionera mediante los consejos evangélicos vividos con voto público (RV 22; 10). La misión se alimenta en la consagración y la consagración se expresa en la misión. Misión y consagración son, en el Comboniano, los dos elementos constitutivos de su “ser consagrado” por Dios y de su “consagrarse” a Dios para la misión (cfr. RV 1; 20).

La consagración cimienta el ser, la estructura existencial del Comboniano; la misión es la actualización de este modo de ser cristiano en la Iglesia, es el “hacer o actuar” del Comboniano, de manera que el Comboniano puede vivir y vive de hecho cuando vive la misión ad Gentes. La actividad misionera del Comboniano es la consagración en acción; en esta actividad el testimonio personal y comunitario de los consejos evangélicos y la práctica de la caridad según el espíritu de las bienaventuranzas es la primera actividad de los Misioneros Combonianos (cfr. RV 58).

Sin embargo, la consagración es una realidad dinámica, que se desarrolla en la cotidianidad de la vida y, por eso, es constante novedad y constante conversión (EN 15; RV 85; 99), causada por la adhesión a la continua llamada de Dios en lo íntimo del corazón y a través de los acontecimientos de la historia (RV Preámbulo; 1; 16; y ss.).

¹ Cfr. *Carta del P. General*, MCCJ BULLETIN abril 2002, p. 5